

— Lo que respecto de esto tengo que decirle, exige largo desarrollo. Sepa solamente que nada tiene usted que temer por ella... Creo podérselo asegurar. Ahora, ¡vámonos! Antes de mucho estará usted enterado de cuanto la concierne.

— Sin embargo .. — insistió Zeno — una sola palabra hubiera bastado...

— Ya se la he dicho : no corre peligro alguno Luisa ; es lo principal.

¡Ea! venga usted ; pronto va á amanecer y no conviene que nos vean salir de esta morada. Mañana me cuidaré del entierro de la marquesa y buscaré el modo de explicar su muerte.

Y el astrólogo hizo salir al caballero, y ambos se encaminaron á pie por la carretera de Roquencourt, en donde necesitaban tomar un carruaje.

## XXIV

EN DONDE AL FIN VUELVEN Á APARECER FELIPE DE  
LAGARDÈRE, COCARDASSE Y PASSEPOIL

El duque Felipe de Lagardère-Nevers, acompañado de la duquesa, su mujer, regresó á París á la mañana siguiente de aquella fiesta tan fértil en acontecimientos.

La condesa Aurora de Lagardère, su madre cariñosa, había muerto dos años antes en sus brazos, por lo cual Felipe tuvo que ir varias veces á Lorena para arreglar asuntos de la testamentaria. Ahora, estando ya todo concluido, apresuróse á volver á Francia y á emprender el camino de la capital.

Y decimos « volver á Francia » intencionadamente. En efecto, Lorena permanecía aún bajo el gobierno de Estanislao Leczinski, padre de la reina, á quien fué cedida en 1738, por el duque Francisco III, esposo de la célebre María Teresa de Austria.

Y sólo se anexionó á Francia en 1766, á la muerte de Estanislao.

Al poner el pie en su hotel, el duque y la duquesa experimentaron una sorpresa desagradable. En vez de ver á sus hijos acudir á su encuentro, como era lógico que se esperasen, vieron acercarse á ellos un viejo criado, que hizo el viaje con el marqués, en calidad de ayuda de cámara, y en cuya fisonomía se leía cierta tristeza.

— ¿Qué ocurre, Florentino? — interrogó el duque.  
— ¿Por qué esa cara tan afligida?

— ¿Ha ocurrido algo á Enrique? — preguntó, muy inquieta, la duquesa Olimpia.

— La verdad, queridos amos — contestó el doméstico, — no sé lo que decirles, en vista de que el señor marqués no vino anoche al hotel.

El duque respiró y hasta dejó ver una vaga sonrisa.

— Alguna escapatoria galante — pensaba, aunque parecíale raro que el joven hubiera elegido precisamente la noche de su regreso para dedicarse á semejante expedición.

Pero Olimpia, que no tenía las mismas ideas que su marido acerca de las licencias permitidas á la juventud, y que, por otra parte, al igual que todas las madres, veía siempre al niño en el joven, no se contentó con esa respuesta.

— ¿Y por qué no ha venido? — preguntó.

— No lo sé, señora duquesa.

— ¿No le ha dicho á usted nada, no le ha prevenido de su ausencia nocturna?

Acentuóse la sonrisa del duque.

Regocijábale la ingenuidad de su mujer.

¡No hubiera faltado más que Enrique hiciese sus confidencias amorosas al viejo Florentino!

— Es decir, señora — replicó este último, — el señor marqués me avisó que volvería muy tarde, pues tenía que asistir á un baile de máscaras dado por una dama de la corte en un castillo situado en los alrededores de Versalles; pero no me dijo que no volvería.

— ¿Qué piensas de esto? — preguntó la duquesa á su marido.

— La verdad, Olimpia — respondió Felipe, que iba tranquilizándose cada vez más y que ni siquiera creía ya en una aventura galante, — pienso que Enrique se habrá divertido tanto en ese baile que, aunque su intención fuese el pasar sólo algunas horas en él, se habrá dejado arrastrar á quedarse toda la noche, y que deberá venir de un momento á otro.

En medio de todo, fijate en que acaban de dar las siete, y en que le hace falta tiempo para venir de Versalles aquí, y acaso de más lejos, por lo que dice Florentino.

— No sabía que á nuestro hijo le gustase tanto divertirse — dijo con cierta amargura la duquesa. Hubiera podido figurarse lo mucho que nos hubiese alegrado encontrarlo en el hotel á nuestra llegada, tanto para abrazarlo, como para saber por él noticias de Blanca y Luisa, á quienes habrá visto en el convento.

Felipe pensaba que su mujer tenía razón.

Enrique hubiera podido arreglárselas para esperarlos en el hotel.

Sin embargo, el padre le perdonaba á gusto, por razón de su edad.

Florentino fué interrogado aún más por la duquesa, respecto de las ocupaciones á que se había dedicado su hijo durante las cuarenta y ocho últimas horas.

Pero el buen hombre apenas pudo complacerla; puesto que el marqués sólo había aparecido breves momentos por el hotel.

Todo cuanto podía decir es que la antevíspera había regresado muy temprano, encerrándose en su cuarto hasta el día siguiente á las diez; que entonces, había montado á caballo para ir no sabía adónde, que volvió durante el día y salió otra vez, casi inmediatamente, hasta la noche, en que volvió á entrar para desaparecer definitivamente.

Poco satisfechos de estos datos el duque y la duquesa, tuvieron que resignarse á esperar el regreso del marqués para saber algo más.

De no haber sido tan temprano, habrían ido en seguida al convento, pues estaban impacientes por prodigar sus caricias á Blanca, de la que llevaban separados tres meses.

Pero temiendo que su presencia en el convento tan de mañana molestase allí demasiado, aplazaron para un poco más tarde la visita y subieron á sus habitaciones.

La duquesa Olimpia, hija de los marqueses de Chaverny, estaba entonces en todo el apogeo de su belleza. Desde su boda con el ex sargento Buena Espada, ninguna nube vino á inquietar su feliz existencia.

Adoraba á sus hijos y hasta llegó á tener celos del cariño que estos profesaban á Flor, su abuela.

En la época en que los gemelos de Nevers eran todavía muy pequeños, á Olimpia y á su marido les agradaba decirse lo que ya hemos visto salir de la boca de Aurora, cuando ésta y su marido, el conde Enrique de Lagardère, durante su corta felicidad, se inclinaban sobre la cuna de Felipito:

— Enrique se parece mucho á ti, — decía la duquesa.

— Blanca es todo tu retrato — respondía el duque.

Esto era á la vez falso y verdadero, pues los niños tenían mucho más de su padre que de la madre, cuya dulzura y paciencia les faltaban.

En la época de que hablamos, Felipe había pasado ya de la edad á que murió su padre haciéndose un lecho de cadáveres en torno suyo.

Continuaba siendo guapo, valiente y fuerte, y sabía mantener elevados el honor de su apellido y la dignidad de su jerarquía.

Apenas hacía un cuarto de hora que el duque y la duquesa estaban instalados de nuevo en su casa, cuando fueron á avisarles que Cocardasse y Passepoil, los dos viejos maestros de esgrima, tan renombrados antes, y que no cesaron sus relaciones cordiales con ellos, querían presentarles sus respetos.

— ¡Que pasen! ¡que pasen! — gritó alegremente el duque. — ¡Siempre son bienvenidos! ¿verdad, Olimpia?

— Seguramente, Felipe: son dos antiguos y fieles amigos cuya presencia nos es siempre muy agradable.

Cocardasse *junior*, indefinidamente, eternamente *junior*, y Amable Passepoil habían cambiado un poco, hay que confesarlo, desde que no los hemos visto.

La nieve de los años habíase complacido en teñir uniformemente la hirsuta cabellera del primero y los largos mechones del segundo.

Las garras del tiempo horadaron también en sus rostros numerosos surcos que se entrecruzaban en todos sentidos formando una red rugosa.

Su dorso habíase arqueado bajo la pesada carga de la vejez, y ya no tenían ellos esa elasticidad, ese resorte que antes les hacía batirse con tantos vigor... y gracia.

¡Ay! ¡no! No obstante su rudo temple, habíanse enmohecido algo. Pues cada uno tenía ya setenta años poco más ó menos.

Sin embargo, todavía eran verdaderos hombres, viejos sí, pero no decrepitos.

Y daba gusto verlos á los dos cuando, con la espada en la diestra, se entretenían en esgrimir en la sala de armas del hijo de Passepoil, Bonifacio, el ex guardia francés, sucesor de su padre en el Pequeño Chatelet.

Siempre prontos al ataque y á la parada, cortando con destreza juvenil, se les hubiera echado un cuarto de siglo menos.

El viejo Florentino les comunicó la respuesta del duque, y penetraron los dos juntos irguiéndose y bombeando el torso.

Cocardasse saludó ceremoniosamente.

Así lo hizo también Passepoil, aunque con más distinción.

Cumplida esa formalidad, tomó la palabra el gascón, con la boca hendida por amable sonrisa.

Dirigióse primero al duque.

— ¡Hola! ¡Chiquitín! — le dijo — querido...

Un brusco codazo que Passepoil le dió en el codo no le dejó acabar.

— Olvidas las formas, mi noble amigo — díjole en voz baja Amable; — di: señor duque.

— ¡Es verdad! tiene razón Amable — añadió Cocardasse, á quien costaba recobrar el aliento. — Dispéñseme...

— Queridos amigos — interrumpió afectuosamente Felipe, — ya les he dicho más de mil veces, y se lo repito ahora, que no debe haber etiqueta entre nosotros y que quiero que me traten siempre como el sargento « Buena Espada ».

— ¡Chúpate eso, Amable! — murmuró el gascón lanzado una mirada triunfal á su compañero.

— Si el señor duque lo exige, es otra cosa — replicó Passepoil. — Sin embargo, las conveniencias...

— ¡Qué conveniencias!... Yo las sé mejor que tú, ¿me entiendes? Déjame, pues, en paz. Decía á usted, señor duque...

— Así está bien — aprobó Amable.

— ¡Ira de Dios! — gruñó Cocardasse, que se volvía carmesí de cólera. — Este aborto me hace perder el sentido... Ya no sé dónde iba... Dispéñseme este lenguaje intempestivo, señora Olimpia. Generalmente, ya no juro nunca, porque la amable Maturina lo prohíbe...

— ¿Qué demonios tienes que mezclar aquí á mi mujer? — observó Passepoil.

— ¡Viva Dios! No mezclo en nada á tu mujer. ¿En qué quieres que la mezcle? — replicó el gascón, que, como decía, no sabía donde estaba.

— Vamos, amigos míos, no se peleen — intervino Felipe riéndose, así como la duquesa, de la escena burlesca entre los dos profesores de armas. — Han venido á felicitarnos por nuestro regreso, ¿no es eso?... ¡Pues bien! aunque aun no nos hayan dicho una palabra, nos consideramos ya como felicitados, y les agradecemos sinceramente tan amable intención.

Ahora, si ustedes quieren, hablemos de otra cosa. ¿Han visto á Enrique ayer ó antes de ayer?

— ¿Al pequeñín? — preguntó Cocardasse.

— ¿Al señor marqués? — dijo Passepoil.

— Como ustedes quieran, á nuestro hijo — especificó Olimpia.

— No señora, lo creíamos con ustedes.

— Ignorábamos que estuviese en París.

— ¡Cómo! ¿No ha ido á verlos? Hace cuarenta y ocho horas que está aquí.

— Y sin embargo, hubiéramos tenido un alegrón al verlo — dijo Passepoil — y su ex maestro también, mi Bonifacio.

— Y también Maturina — añadió el gascón — ella que lo tuvo de pequeño en sus rodillas. ¡Es tan buena esa querida mujer!

— ¡Cocardasse! ¿Otra vez, hablando de mi mujer?

— ¡Pues bien, sí! Las buenas cualidades de esa bella

mitad de ti mismo únicamente encuentran en mí un espejo sincero. ¡Ingrato!

— Eso sí que es raro — observó el duque, perseguido por la preocupación que empezaba á causarle la ausencia de su hijo. — ¿Qué es lo que habrá podido retenerle estos dos días, para inducirle á olvidar á sus amigos? Porque sé que cada vez que vuelve de un viaje no pasa el día sin que vaya á estrechar á ustedes la mano y á abrazar á su vieja Maturina.

— Indudablemente — afirmó Cocardasse; — en seguida viene á nuestra casa, el chiquitín.

— En efecto — añadió Passepoil — el señor marqués no falta nunca.

Hízose una pausa entre los cuatro interlocutores. Felipe y Olimpia reflexionaban en lo extraño de la conducta del joven y trataban de explicársela.

Todo eso no les parecía muy natural.

— En ese caso — preguntó de pronto el duque, acosado por una nueva idea; — si no es por Enrique, ¿por quién han sabido que debíamos llegar hoy á París?

— ¡Ah! ¡Caramba! — exclamó el gascón — eso es lo que yo me disponía á contar en el momento en que tan rudamente me ha cortado Amable el hilo.

He aquí cómo ha sido la cosa.

É, indicando con gesto imperativo á Passepoil, que no le interrumpiera, prosiguió:

— Ante todo, hay que decir que hoy no sabíamos que estuvieran ustedes en la capital y ni siquiera sospechábamos la fecha en que vendrían. Figúrense, pues, que

hace apenas una hora, cuando acabábamos de despertarnos, vemos llegar á casa... ¿á que no adivinan á quién?... No lo acertarán.

— Nos sería difícil — observó Felipe. — ¿Cómo quieren que lo sepamos?

— Verdad es — dijo Passepoil sin tener en cuenta que su amigo le había impuesto silencio — ¿cómo pueden saberlo los señores duques? ¡Ea! dilo pronto, si no lo diré yo.

— ¡Silencio, chiquillo! — exclamó, encolerizado el gascón. — Déjame contar la cosa yo solo... ¡y sé menos hablador!

— ¿No lo adivinan ustedes, eh? ¡Pues bien!... ¡El que se nos ha presentado, era el barón de Posen!

— ¡El barón de Posen! — exclamaron Felipe y Olimpia, con intensa sorpresa.

— ¡El mismo! — apoyó Cocardasse.

— ¿Luego se ha decidido á volver al fin á su patria? — añadió el duque. — Pronto va á hacer diez y seis años que se marchó, sin que hayamos tenido ninguna noticia suya en todo ese tiempo, y, la verdad, casi creíamos que ya no vivía.

— También nosotros, ¿verdad, Amâble?

— Sí, mi noble amigo. Ya pueden ustedes imaginar la estupefacción que nos ha producido su visita.

— Comprendo, en efecto, su asombro — contestó el duque. — No nos lo hubiera causado menos á Olimpia y á mí. ¿Y por qué ha ido á verlos tan de mañana? Sin duda habrá llegado ayer y no habrá querido perder tiempo en renovar la amistad con ustedes.

— Algo de eso hay, indudablemente — observó el gascón; — pero también, hay otra cosa. Y más aún, cuanto que no es ayer cuando ha vuelto á París, sino que, como nos ha dicho, hace ya varios días, añadiendo que no ha venido á vernos antes porque desde que llegó á París, sus asuntos no le han dejado un momento de tregua.

— Luego ha continuado de este modo — prosiguió Passepoil que, con gran desesperación de Cocardasse se apoderó de la palabra, guardándola. — Si vengo á buscarlos tan temprano, queridos amigos, es porque tengo que pedirles un favor urgente, que creo que no les será desagradable, al contrario.

He aquí en qué consiste:

El duque Felipe y la señora Olimpia han regresado esta mañana; he visto su silla de postas al pasar, hace veinte minutos, por el hotel de Nevers.

Van, pues, á ir ustedes, en seguida, á visitarlos y les anuncian que yo tendré el honor de ir á verlos, advirtiéndoles que el objeto de mi visita es no sólo presentarles mis respetos, sino también enterarles de varios acontecimientos que les interesan, acontecimientos que, aunque capaces de producirles cierta contrariedad, no tienen, sin embargo, nada que pueda alarmarles.

— ¿Eh? ¿Qué quiere decir eso? — preguntó Felipe, lleno de súbito temor.

— ¿De qué se trata? ¡Dios mío! — exclamó Olimpia, pensando en la anormal ausencia de su hijo.

— ¡Ah! ¡No nos lo ha querido confiar el barón! — respondió el normando.

— ¡ Es mudo cuando quiere serlo! — apoyó Cocardasse con despecho.

Amable continuó :

— Por más que hemos insistido para saberlo, ha sido completamente inútil. Se ha limitado á decirnos que la cosa es poco grave.

No obstante — ha añadido, — como los hechos de que quiero hablar podrían llegar muy exagerados á los señores duques, antes de que yo pudiese enterarles, lo que no podré hacer hasta dentro de una hora ú hora y media, á causa de un dato que me falta para explicar-selos con toda exactitud, quiero que desde ahora, estén sobre aviso acerca de su poca importancia.

— ¡ Eso mismo es! ¡ Has hablado bien! — aprobó el gascón — Yo no lo hubiera expuesto mejor... ¡ Ya está cumplido nuestro encargo!

Tan singular confidencia sumió en gran perplejidad á Felipe y á Olimpia.

Trataban de imaginarse la naturaleza de los acontecimientos en cuestión, y si al principio se les ocurría que concernieran á Enrique, entreveían también la posibilidad de que afectasen á Blanca.

Olimpia suponía ya mil terribles aventuras acaecidas á sus dos hijos.

Sin más tardar, quería poner á todas sus gentes en movimiento, y lanzarlas en busca del marqués, además no quería demorar el ir al convento para ver á su hija.

Su agitación aumentaba por segundos, por lo que Felipe tuvo que ingeniarse para tranquilizarla, si bien él mismo estaba muy inquieto.

— Vamos, querida Olimpia — le dijo — no te forjes monstruosidades antes de saber lo que ocurre. Si el barón de Posen nos manda decir que no hay motivo para alarmarse, es que realmente no lo hay.

Razona un poco : ya sabes que Helouin es un buen esclarecedor de embrollos, y que puede uno fiarse de él en todo.

Luego, viendo que la duquesa no hacía caso, preguntó á los dos tiradores :

— ¿ Ha prometido, el barón, estar aquí dentro de una hora ú hora y media, á partir del momento en que se han separado ustedes de él ?

— Sí.

— ¡ Pues bien! — continuó dirigiéndose á su esposa; — sólo te quedan algunos minutos para salir de tu inquietud, porque, si no calculo mal, hace más de una hora de esto; pues ya hace buen rato que están con nosotros estos amigos.

Hay que confesar que el duque no estaba tan tranquilo como quería aparentarlo. Sin embargo, si á él y á Olimpia hubieran venido á decirles que Enrique iba acompañado por el vizconde de Dizons, tal vez se hubieran sosegado pronto, pues conocían el espíritu reflexivo de Romualdo.

Ya sabemos lo poco fundado que era ese modo de tranquilizarse; puesto que el vizconde, arrastrado por su amor á Luisa, se había despojado de su acostumbrada prudencia y ya no era égida para su amigo.

— ¡ Hombre! ¡ una idea! — exclamó de repente Cocardasse, — vamos Amable y yo á correr al encuentro

del barón. Ahora debe de estar cerca del hotel y le haremos venir á toda prisa. ¿Qué les parece?

— ¡ Bueno! — contestó Felipe, á quien parecía agrada-  
dar esa proposición, pues era de temperamento dema-  
siado nervioso para soportar pacientemente la espera.  
— Si por ese medio pueden ustedes hacer que anticipe  
algunos instantes su venida, siempre habremos ganado  
eso.

— Ven, muchacho — dijo el gascón á Passepoil. —  
Iremos cada cual por nuestro lado, para encontrarlo.

Tú, por aquí, yo, por allí — añadió, designando su  
derecha y su izquierda. — ¡ Hasta luego, chiquitín!  
¡ Adiós, señora Olimpia!

— Señor duque, señora duquesa, tengo el honor de  
presentarles mis humildes respetos — pronunció el  
inacorregible Amable, inclinándose ceremoniosamente.

Y, dichas estas palabras, desaparecieron los dos  
esgrimidores.

## XXV

## LOS INFORMES DEL BARÓN DE POSEN

Aun no había transcurrido un cuarto de hora de la  
salida de Passepoil y Cocardasse, cuando el viejo Flo-  
rentino anunció al barón de Posen, que entró casi ins-  
tantáneamente.

El barón de Posen, ó el señor Helouin, pues se re-  
cordará que bajo ese título nobiliario y bajo este ape-  
llido se ocultaba el mismo personaje, era poco más ó  
menos el mismo hombre que hemos conocido en otros  
tiempos.

Los años pasaron por él sin dejarle huellas, y habría  
que examinarlo con una lente para distinguir los lige-  
ros desperfectos que le causaron.

Á pesar de su aspecto siempre frío y acompasado,  
acentuado aún más por el tiempo — tal vez fuera este  
el mayor cambio operado en su persona, — no por eso  
dejaba de disponer de una actividad extraordinaria.